

turales: era el presidente de la Sociedad Bolivariana del País Vasco desde 1987). Y por último, en julio de 1989, unas semanas antes de su muerte, aprobó el traslado de su archivo (¡de lo que más le costó desprenderse!) desde su casa de Hondarribia hasta la Biblioteca universitaria de Leioa.

Este postrer gesto en pro de la cultura y de la memoria colectiva del pueblo vasco honra a Luis Ruiz de Aguirre, que supo ser hombre de acción y gudari en la guerra y hombre de letras e historiador en tiempo de paz, siempre al servicio de la causa vasca por la que luchó primero con las armas y después con la pluma.

En 1980, en el prólogo de su libro sobre *El Ejército Vasco*, escribió: «Siempre he temido por la muerte de un gudari, porque además de llevarse nuestras lágrimas, se lleva con él una parte de la reciente historia de Euzkadi». Pienso que pocas veces se han aplicado con mayor propiedad estas palabras que en el caso de Ruiz de Aguirre. Sin duda, son su mejor epitafio. Descansa en paz, amigo Luis.

## RETROSPECCION Y MELANCOLIA

*Miguel Pelay Orozco*  
*Escritor*

*A Luis Ruiz de Aguirre*

Ahora que vuelvo la vista al pasado me sorprende -yo diría que me sobresalta- el pensar en los muchos años transcurridos desde que conocí a Luis Ruiz de Aguirre en la Caracas idílica, antañona y semicolonial de principios de los cuarenta. En aquella hospitalaria Caracas que acogiera a las primeras expediciones de exiliados vascos, resañando con su alegre cordialidad, las enconadas heridas psicológicas que dejó en ellos la tragedia vasca del 36.

No había de pasar mucho tiempo sin que, una vez constituido el Centro Vasco como providencia esencial para impedir la dispersión de la incipiente colonia, empezaran a manifestarse las diversas aficiones y tendencias de aquellos pioneros, produciéndose de una manera espontánea y natural una racional distribución con vistas a la asunción de eventuales actividades e iniciativas. Así, hubo quienes -los más jóvenes, naturalmente- se inclinaron decididamente por el deporte: la pelota, el fútbol, etcétera; otros optaron por la música, que siempre ha tenido gran arraigo en nuestro país; otros, quizá más previsores y pragmáticos, pusieron las bases para la fundación de una sociedad o montepío, cuyo objeto sería el de proteger a sus miembros y familiares en caso de enfermedad, accidentes, fallecimientos, etcétera. Por cierto que esta entidad, a la que se bautizó con el nombre de Asociación Vasca de Socorros Mutuos, funcionó de manera admirable a través de los años. Ignoro si hoy continuará funcionando, pues hace ya casi cuarenta años que regresé de Venezuela.

También, por entonces, unos cuantos jóvenes que compartíamos el mismo tipo de inquietudes y afanes -el amor a Euzkadi, el interés por nuestra cultura y por nuestra lengua, la afición a la literatura y a las artes en general- nos constituímos en grupo, en equipo de actividades. La cosa comenzó con una tertulia que después fue creciendo y con el tiempo llegó a adquirir alguna importancia. Es cuando el grupo adoptó el nombre de Ekin.

Componentes de Ekin fueron, o mejor, fuimos, pues yo también pertencí al grupo, que recuerde en este momento, los hermanos Oñatibia (Yon y Joxé), Bitor Elguezábal, José Estornés, Andoni Arozena, Luis Guzmán de Frutos, Lorenzo Zarranz, Iñaki Urreiztieta y un navarro de apellido Beretoni. Puede que me deje algún nombre, porque mi memoria hace tiempo que ha empezado a presentar graves deterioros.

Llegado aquí, me toca ahora hablar de Luis Ruiz de Aguirre. O de Sancho de Beurko, cuyo era su *nom de guerre* literario.

Siempre he pensado que uno de los factores que influyen decisivamente en la iniciación y en el afianzamiento de las amistades humanas es el de las aficiones comunes. Beurko compartía con Urreiztieta y conmigo la de la literatura. Y dentro de ésta, la de la admiración por Baroja. Lo que, en aquel tiempo en el que el nombre del *maisú* de Itzea estaba incurso en un index arbitrario e injusto determinado en nuestro país por gentes dogmáticas que ni siquiera le habían leído -la imputación era nada meno que de antivasco-, suponía una identificación de signo casi ideológico, por aquello de «el que no está conmigo...». Ello hizo que los tres nos compenetráramos muy bien desde el principio, cerrando filas en defensa de nuestros puntos de vista.

Antes de radicarse en Caracas, Beurko había pasado por Colombia, donde tuvo contacto con los pocos vascos que por entonces residían allí, desde el famoso boxeador Isidoro Gaztañaga hasta Patxi Abrisqueta, nuestro paladín bolivariano, que para entonces se perfilaba, no ya como Delegado del Gobierno Vasco, cargo que efectivamente le tocaría después desempeñar, sino como auténtico cónsul de Euskadi, dadas sus numerosas conexiones e influencias y cuya utilización puso siempre al servicio de los vascos necesitados.

Debo señalar que para cuando se instaló definitivamente en la capital, Luis había pasado ya mucho tiempo en la selva y en la gran sabana venezolanas. Conocía, pues, directamente, ese mundo misterioso y fascinante tantas veces cantado -con exaltación, con respeto y, a veces también, con sobrecogimiento- por el viejo Gallegos, y que marca para siempre a quienes osan adentrarse en él para arrancarle sus secretos.

Luis Ruiz de Aguirre no escapó a la influencia modeladora de la sabana galleguiana y, cuando se integró en nuestro equipo, era un hombre un tanto sombrío, que hablaba poco y reía menos. Claro que, transcurrido algún tiempo, fue animándose y terminó por participar -nunca con excesiva pasión- en nuestros acalorados debates.

Había sido años atrás muy amigo de Olivares Larrondo (Tellagorri) y hablaba siempre de él con afecto y admiración. Ambos compartieron el exilio en Francia y Luis contaba que, sentados al atardecer en cualquier tabernucho del camino, Tellagorri sacaba de pronto un bloc y en un periquete escribía -a lápiz, puntualizaba siempre- su artículo para un periódico en el que colaboraba y por el que le debían pagar una miseria.

Yo creo que de la mano de Tellagorri hizo sus primeros pinitos literarios en las páginas de *Tierra Vasca*, que era un diario de Acción Nacionalista Vasca, organización política de la que ambos eran afiliados. Y posiblemente su adhesión a Baroja la heredaría también del propio Tellagorri, que era bastante más viejo que él, y cuyo estilo revelaba una innegable influencia del viejo *maisú* de Itzea, lo mismo que alguno de los títulos de sus libros. Y, por si fuera poco, los seudónimos que utilizó a lo largo de su carrera -Tellagorri y Chipiteguy- eran tomados de dos famosos personajes de don Pío...

De todos estos amigos que he ido enumerando, la mayoría éramos colaboradores de la revista *Euzkadi*, que editaba el Centro Vasco de Caracas. Por cierto que entonces casi todos utilizábamos seudónimo. Mucho se ha hablado, y casi siempre despectivamente, de esa costumbre vasca de refugiarse tras un nombre falso. Creo que es cosa de principiantes. Probablemente, timidez. De los que recuerdo, Urreiztieta firmaba "Dorkaitzekua"; Oñatibia, "Gabiria"; Estornés, "I. de Obanos"; Arozena, "A-Bi"; Ruiz de Aguirre, como ha quedado dicho, "Sancho de Beurko"; y yo, "Olarso". Con el tiempo, todos, excepto Ruiz de Aguirre, fuimos desprendiéndonos de nuestros sobrenombres. En mi caso, lo fui a instancias del Dr. Justo Gárate quien, en una de sus cartas, me preceptuó categóricamente: «Ha llegado el momento de que firme usted sus trabajos con su nombre y apellido». Para entonces había yo publicado media docena de libros y bastantes más docenas de colaboraciones de prensa.

Por cierto que Gárate nos animó mucho, especialmente a Urreiztieta y a mí. Lo curioso es que ni uno ni otro le conocíamos personalmente; nuestra amistad nació y se consolidó por vía epistolar, ya que él residía en la Argentina. No era el caso de Ruiz de Aguirre, quien le había conocido ya en Bilbao, antes de nuestra guerra. Como quiera que fuese, el apoyo de un intelectual del prestigio del Dr. Gárate, para unos escritores en agraz como éramos nosotros entonces, supuso un estímulo decisivo. Creo que se lo agradecemos de corazón. Tanto que, a pesar de los años transcurridos, aún ahora que uno se ha hecho viejo, no lo ha olvidado. Ni lo olvidará, claro...

Sancho de Beurko tenía un tipo de personalidad un tanto compleja, que yo calificaría de poliédrica intentando expresar con esta referencia geométrica sus muchos y distintos aspectos. Se ha dicho de él, por ejemplo -y yo no puedo poner en duda el testimonio de personas que le apreciaban tanto o más que yo-, que su carácter era contencioso y hasta agresivo. Y, sin embargo, en los largos años que duró nuestra amistad (nada menos que desde principios de los cuarenta hasta su fallecimiento, acaecido recientemente), quiero proclamar que jamás tuvimos el menor roce y que nunca llegué a advertir en él el más mínimo indicio de acritud o de irritación para conmigo.

Respecto del conjunto de su producción literaria, es evidente que también presenta distintas caras. Sería, pues, asimismo, poliédrica, si se me permite volver a utilizar la metáfora. Pues Luis, además de practicar el periodismo, con colaboraciones de carácter político o social, cultivó la poesía, la narración, el ensayo e incluso la historia, centrada esta última parcela en la guerra del 36.

Algunos de sus libros contienen vivencias personales de la guerra y de sus andanzas posteriores en la jungla tropical, como *Gударis* (que obtuvo dos ediciones) y *Vascos por el mundo*. Otros son de poesía, rimada o en prosa: *Semillas de mis surcos*, *Viento y agua en los caminos* y *Pido un monumento*, libro este último que me cupo el honor de prologar. Como historiador se le debe el tomo VI de la *Historia General de la Guerra Civil en Euzkadi*, editado por Luis Haranburu, así como dos gruesos volúmenes que con el título general de *El Informe del Presidente Aguirre al Gobierno de la República*, constituye un dramático testimonio de la lucha que sostuvo el Lehendakari con el propio Gobierno de la República, solicitando el envío de aviones y armamento con los que contener la ofensiva franquista del Norte.

En honor a la verdad, hay que convenir en que Sancho de Beurko fue un historiador serio y riguroso, poseedor de una documentación muy completa que acopió personalmente y con la que apoyó todas sus aserciones relacionadas con nuestra guerra. Por si fuera poco y como decía en mi biografía sobre Juan de Ajuriaguerra, fue un historiador «que estuvo allí...».

Pero, coincidiendo con lo que afirmaba Tellagorri en el prólogo de uno de sus libros, y con Luis de Castresana, que epilogó otro posterior, yo añadiría que a través de su obra, lo que prevalece por encima de todo en nuestro amigo es precisamente su condición de poeta. Condición absoluta e ineluctable, de la que no supo, o no quiso, o no pudo, desprenderse jamás. Ni en sus escritos, ni en sus conferencias, ni en su propio comportamiento ante la vida.

Todavía le recuerdo, ya reintegrados ambos al País tras la aventura americana, en alguna de nuestras excursiones montaÑeras, recitando junto a un arroyo, o a la entrada de un bosque, o al pie de algún túmulo dolménico, fragmentos poéticos de Unamuno, de Blas de Otero, de Lorca, de Juan Ramón o de Neruda. Por cierto que lo hacía muy bien, con ese estilo seco, grave, de vasco encartado -yo diría hasta "siderúrgico"- y sin incurrir en las declaraciones campanudas y aparatosas a que nos tienen acostumbrados Alberti y la mayoría de los poetas, digamos "oficiales". Otras veces le daba por cantar algún joropo o algún merengue caribeño. No tenía voz pero "decía" las canciones con cierta gracia.

También recuerdo que en una ocasión, durante uno de estos paseos nuestros por las alturas de Aránzazu, al atravesar un pequeño bosque de añosos robles que se hallaba en las inmediaciones del caserío "Bildotsa", ambos tuvimos el presentimiento, tristemente confirmado algún tiempo después, de que aquellos hermosos supervivientes de nuestro otrora espléndido patrimonio forestal, no durarían mucho tiempo en pie. De pronto, Luis se abrazó al tronco corpulento y musgoso de uno de aquellos centenarios robles y exclamó con tristeza: «Derribar esto es como derribar un viejo templo». La frase me impresionó vivamente. Tanto, que la transcribí en un libro mío titulado *Palabras, palabras...*

Por cierto que de aquella excursión nació una bella composición suya que fue publicada en la revista *Aránzazu*; reproducida después en otra publicación del País (cuyo nombre ha huído de mi memoria) y comentada posteriormente por mí, creo que en el mismo libro que acabo de citar...

La última fase de la vida de Luis Ruiz de Aguirre fue triste. A su regreso de un viaje que hizo a Venezuela se sintió mal. Un día que fui a visitarle a su recientemente estrenada casa de Ondarribia, me dijo con increíble naturalidad: «Tengo leucemia». «¿Qué vas a tener, no digas tonterías!», exclamé. Porque una cosa que no he dicho al hablar de su personalidad es que Luis era un pesimista como he conocido pocos. Lo mismo tratándose de enfermedades, como de política, de negocios o de la acogida que pudieran tener sus libros, siempre veía el lado negro. «Sí, sí, Miguel; estoy muy mal», insistió. Y en seguida se puso a explicarme detalladamente la enfermedad, así como la fase en que se hallaba.

Poco tiempo después empezaría su aciaga peregrinación, de clínica en clínica. De la Policlínica pasó a la Residencia y de allí, en cuanto se repuso un poco, viajó a Caracas, donde la mayor parte de su estancia la pasó en alguna otra clínica de allí. Yo no

no creo que transcurriera un mes cuando volvió a presentarse en Fuenterrabía. Traía consigo una información exhaustiva, documentada por cada uno de los centros sanitarios por los que había pasado. Luis explicaba el curso de su enfermedad con una serenidad que nos chocaba a todos. Había asumido totalmente la irrevocabilidad de su mal y hablaba de él como si se tratara del de otra persona. En mi vida he conocido impavidez semejante. La fase postrera se desarrolló en el Oncológico donostiarra. Yo iba a visitarle acompañado de otro amigo común, compañero de excursiones y cuya contrafigura la trazó Luis, solapadamente, en el prólogo de su libro *Viento y agua en los caminos*.

Y, así como era pesimista y al mismo tiempo animoso, quiero señalar que también era un hombre, a la vez, serio, casi taciturno, y poseedor de un agudo sentido del humor que le llevaba con frecuencia a embromar a sus propios amigos. Contradicciones que encontraban una misteriosa conciliación gracias tal vez a la singular psicología poliédrica que le hemos asignado páginas atrás. «¿Tienes dolor?», es una pregunta que yo le hacía invariablemente, al llegar a su habitación. «Sí», me contestaba con categórica concisión. E inmediatamente pasaba a chancearse de nuestro otro amigo, remediando sus gestos y actitudes y comentando anécdotas pretéritas.

Luis pasó ese último período de su vida lejos de sus familiares (ausentes en América) y esto evidentemente impregnó de tristeza su final. Pero lo que no le faltó al bravo baracaldés fue el aliento de sus amigos, que fueron muchos y leales. Entre los que yo sé que le visitaban cada semana estaban Javier Lasagabaster, sus compañeros de armas Olazábal y Ordoki (este último, comandante del famoso batallón Gernika), Alberto Elósegui, Mendiluce, Jokin Inza, Eugenio Iriondo, Adrada y los sacerdotes don Pedro Berrondo y don Pello Mari Seguro. Creo que también fueron a verle algunos curas de Coche, en Venezuela. No estuvo, pues, solo, en sus últimos días.

Le enterramos en el nuevo cementerio de la localidad marinera de Ondarribia, en el confín oriental de Guipúzcoa. ¡A él, que había nacido casi en el extremo occidental de Vizcaya! Es un cementerio, como digo, nuevo, anexo al anterior. Y, curiosamente, fue la suya la primera inhumación registrada. Además de gente procedente de Vizcaya e Iparralde, junto con el Cónsul de Venezuela acudieron numerosos vascos de los que años atrás compartieran con Luis el exilio en aquel lejano país. Si es que cabe llamar destierro a la permanencia en una tierra en la que se nos consideró a los vascos desde el primer día como hermanos...